

EL RECUERDO

SEMANARIO DE LITERATURA Y VARIEDADES.

Redactores.—D. Heraclio C. Fajardo.—Dr. D. Fermin Ferreira y Artigas.—D. Juan B. Go-mar.—D. Plácido Douclai.

Colaboradores.—Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes.—D. Nicolas A. Calvo.—D. Domingo F. Sarmiento.—D. Palemon Huergo.—Dr. D. Luis Otero.—D. Héctor Varela.—D. Anjel J. Blanco. Dr. D. Juan Cárlos Gomez.—D. Cárlos Augusto Fajardo.—D. M. M. T. (Tristan).

REVOLUCION HISPANO-AMERICANA.

Apuntes para la mejor inteligencia de la historia del Sr. D. Mariano Torrente.

(CONTINUACION)

Aun resalta mas la injusticia del señor Tor-rente cuando trata de examinar alguna de las medidas de los patriotas cuya benéfica influen-cia y espíritu humanitario es imposible desco-nocer. Así, dar libertad á los que nazcan de padres esclavos, para preparar de ese modo la emancipacion gradual de las gentes de color sin esponerse á los gravísimos inconvenientes que una medida semejante trae consigo; ha-cer que naciesen libres unos hombres que no podian ser útiles al pais lo menos en diez y seis años, es á sus ojos una afectada humani-dad, un odioso recurso del ingenio para arra-igar en la capital los principios democráticos (T. I, pág. 344); y nada dice sobre la ley del 4 de febrero de 1813 en la que, con perjuicio de las rentas nacionales, se declaran libres á todos los esclavos que de paises extranjeros se introdujesen de cualquier modo, desde di-cho dia, por el solo hecho de pisar el territo-rio de las provincias unidas (1).

Se ve que los hechos desmienten á cada pa-so sus aserciones: sin embargo parece que eso no es bastante; hay ocasiones en que por de-jar en buen lugar á los que defiende se olvida de lo que ha escrito hace pocos instantes. Va-ya un ejemplo.

(1) Sobre la utilidad de la supresion del tributo, escu-samos hablar: en cuanto á lo de la *mita*, le enviamos al cap. V del lib. II, pág. 359, del ensayo sobre la Nueva España de Humbóldt.

Obligado bien á su pesar, á narrar la com-pleta derrota de Latorre en las llanuras de Ca-rabobo, en esa batalla que aseguró la inde-pendencia de Venezuela, el despreciable, el terco, el irreflexible Bolivar se convierte en un enemigo *formidable y de gran prestigio*. (T. III, pág. 239).

Hemos indicado las principales causas á que atribuye la perdida de las colonias, é in-sistiendo en la posibilidad de reconquistar-las (T. III, pág. 608), no ve que "en tan inmensos paises totalmente desprovistos de recursos y obstruidos por ásperas montañas, caudalosos rios, interminables llanos é insupe-rables atolladeros," (T. II, pág. 184) se nece-sita algo mas que la táctica europea y el valor personal para sujetarlos. No ve que la mis-ma naturaleza los defiende y los condena á formar naciones distintas. Y aplicando estos principios á lo que anteriormente hemos dicho sobre su parcialidad, no ve que si los realistas sufren horriblemente, los americanos invaso-res se hallan en el mismo caso, y que aun los acostumbrados al clima no son de bronce. No ve que si no son dignos de elógios Morillo, Canterat, Carratalá y demas generales que han hecho estas ásperas campañas, no lo es menos Bolivar llevando sus soldados desde las áridas y ardientes playas de Cartagena hasta los confines de la Guayana desierta, pe-dregosa y devastada por los rayos abrasado-

res del sol de los trópicos; de la Guayana á la Nueva Granada, por la inmensa y terrible cordillera que la separa; de Bogotá hasta los límites de Venezuela sobre las riberas del Orinoco; desde este rio hasta el Apurima, mas allá de la capital del Perú: así como el ejército de San Martín en su segunda expedición sobre Chile, en 1817, atravesando la cordillera cerrada en muchos parages por el hielo, arrojando en medio de aquellos páramos la sed y el hambre por algunos días y llevando á brazo su artillería. ¡Heróica empresa que fué coronada con la libertad de aquel país!

Tan apasionado como inconsecuente, lleno de ira levanta un nivel de plomo para igualar á todos los que tienen la osadía de no pensar como él. En su concepto, los hombres juiciosos y pensadores que comprendieron desde el principio cual sería el resultado de una lucha tan desigual, y seguían el imprescriptible derecho que tiene todo ser dotado de razón de pensar y creer lo que le dicte su conciencia, aunque sea equivocándose, no obraban impulsados por alguna idea política, social ni patriótica. ¡Ellos! capaces de alguna concesión grande y generosa?... “los liberales [no se conducían de ese modo sino porque tal vez, como pensaban algunos, el vacilante estado del nuevo sistema les impelia á mendigar la amistad de los americanos con menoscabo y detrimento de los intereses de la madre patria, á fin de proporcionarse un ventajoso asilo, si la mal calculada aplicación de sus nuevas instituciones y su impopularidad les derribaban de su encumbrado puesto.” (T. III, pág. 409).

¡Risum teneatis!

Hasta aquí le hemos juzgado como escritor y según las ideas que vierte: pero si pasamos á sus impresiones personales, si buscamos en él esos arranques nobles y espontáneos del corazón que revelan los sentimientos del que escribe, nada encontramos que nos haga simpatizar con el señor Torrente.

Cuando Bolívar y Morillo se abrazan en Santa Ana, cuando esos dos hombres, prototipo cada uno del sistema que representaba, confunden sus antiguos odios, recuerdos y esperanzas, en un sincero abrazo de paz y fraternidad, en vez de levantar su mente á la altura de las sublimes ideas que despierta este cuadro verdaderamente patético y grandioso que trasladado al lienzo sería una obra digna

del ilustre pintor cuyo nombre es casi igual al del caudillo español, con una dureza que da la más triste idea de su sensibilidad, observa friamente: “que no dejó de estrañarse un tanto tan familiar y cariñoso de parte del grave y circunspecto general castellano, con un revolucionario tan feroz y obstinado.” (T. III, pág. 114).

“La causa de la independencia se perdía en el momento en que se sometiera al irrevocable fallo del recto raciocinio;” (T. II, pág. 66) pero asimismo, no solamente le parece impropio que el soberano ó sus representantes, usando de su real bondad, traten de desengañar á sus ilusos vasallos para conjurar los males que pueden resultar por atrincherarse en una dignidad y respetos mal entendidos, oyendo sus quejas y prestándose á sus ruegos si son justos, cosa de que abundan las historias hasta de los mismos reyes más absolutos, como lo sabe mejor que nosotros el señor Torrente, sino que nos descubre medio confuso y dudoso esta nueva doctrina *sui generis*:

“Un gobierno por el mero hecho de entrar en esplicaciones debilita tal vez ese inatacable derecho de legitimidad que es lo que constituye su fuerza y seguridad.” (T. y pág. cit.)

En cuanto á las continuas invectivas sobre la anarquía é inestabilidad de nuestra nueva forma de gobierno, y que son las mismas que se nos hacen diariamente, sentimos que la falta de espacio no nos permita entrar de lleno en la cuestión como deseáramos. Espondremos sin embargo algunas reflexiones y ellas bastarán para el objeto que nos proponemos. No vayan á creer los que tal se imaginan que callamos porque nos han convencido sus argumentos.

¿Qué razón hay para decir que todas las nuevas repúblicas han ido caminando á pasos agigantados hácia su ruina, en vez de haber consolidado con el curso de los tiempos su gobierno naciente? (T. III, pág. 342). Consolidar con el curso de los tiempos un gobierno naciente nos parece un absurdo y una contradicción, porque no puede haber transcurrido tiempo sobre una cosa que empieza á existir. En la vida de las naciones los años son minutos y los siglos días.

Puede ser que el señor Torrente, con su tolerancia é imparcialidad acostumbradas, nos conteste teológicamente que el gobierno repu-

blicano estaba marcado con sello perdurable de reprobacion, desde que fué concebido por el primer hombre, y solo en ese caso podremos concederle lo que dice. Eche el historiador la vista sobre las páginas sangrientas de la historia de todos los pueblos y díganos cual ha sido el que no ha sufrido todos los males inherentes á las diversas revoluciones políticas ó sociales porque ha tenido que pasar antes de constituirse. Si fuéramos tan presuntuosos que nos creyéramos autorizados para dar lecciones de historia al autor de la Geografía universal, le recordaríamos la edad media, y sin salir de Europa le probaríamos, que lo que ha pasado y está pasando en América es una friolera en cambio de lo que ha pasado en el viejo mundo, si no mienten sus anales.

Sí: el señor Torrente afecta ignorar que no se pasa de un sistema á otro con la facilidad con que se cambia en el teatro una decoracion por otra, que hay entre ambos un abismo, un mar de sangre á veces, que inunda el terreno de la lucha y no le abandona hasta que ha arrancado de raiz viejos intereses, ideas y preocupaciones; que él sabe ó debía saber que en política, como en moral, como en artes, como en todo, no se pasa impunemente de un extremo á otro; que puede la fuerza de los hombres ó de los sucesos desviar por un instante el curso de los antiguos hábitos é ideas, pero si el cambio que quiere efectuarse no se ha preparado antes, si no está basado en el interés y en las convicciones de la mayoria, si los que han de realizarle no son capaces de elevarse á la altura de su mision; esos mismos hábitos é ideas, tal vez disfrazadas con otros nombres, pero en el fondo las mismas, vienen á arrojarse como un elemento disolvente en medio de la sociedad desquiciada, á conmoverla hasta en sus cimientos y á dar inevitablemente por resultado, despues del desórden y la anarquía, el triunfo del principio retrógrado, del absolutismo en una palabra: justamente lo que ha sucedido al pié de la letra en las repúblicas de que nos ocupamos.

Si: parece que una ley de la fatalidad ha dispuesto que un bautismo de sangre sea el crisol, donde se purifiquen las nuevas ideas y

creencias que sucesivamente han enriquecido, en épocas dadas, el patrimonio político y social de las diversas porciones de la humanidad. Todas con mas rapidez ó lentitud han pasado por ese camino: ¿por qué, pues, se ha de exigir de los pueblos americanos una excepcion á la regla general?

Seria cosa de nunca acabar, si tratásemos de seguir al señor Torrente en todos sus extravíos y examinar su historia bajo todas las fases de que es susceptible: para hacerlo dignamente, seria preciso escribir un libro con materiales que no poseemos, ni sería fácil proporcionarse en Europa. Sería por otra parte, prescindiendo del labor, y tiempo indispensables para llevar á cabo una obra de ese género, un trabajo ingrato, en el cual tendríamos por necesidad, so pena de mentir, que lastimar el amor propio, el sentimiento nacional, y las preocupaciones del pueblo español. Y tampoco nos creemos capaces, aun suponiendo que tuviésemos la suerte de vencer tan insuperables obstáculos, de volver á abrir con este objeto la obra del señor Torrente. Nos causa una sensacion muy desagradable, y sentimos con dolor y contra nuestra costumbre, que nos falta la serenidad indispensable para investigar la verdad histórica.

Cerraremos por lo tanto nuestras citas con la siguiente, como el epílogo de todos los períodos que hemos entresacado de su voluminosa obra.

“Esta misma falsedad de principios sobre que estaba fundado su nuevo gobierno, la fermentacion general que se notaba en los ánimos, la escasez de recursos, la paralización del comercio y de la industria, los golpes dados á la agricultura, la rivalidad entre los mismos gefes, su precaria y efímera opinion en el pais, el descontento que iba creciendo de dia en dia, la adhesion á la metrópoli, cuyos sentimientos, de que se veía animada la mayor parte de la poblacion, no habian sabido extinguir los independientes á pesar del estremado rigor que habian desplegado para ello; todo, pues, ocurría á evidenciar la inseguridad del gobierno revolucionario, &c.” (T. I. pág. 227).

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

HIMNO

Puesto en música con motivo de la ratificación del tratado de 20 de Diciembre, entre el General Urquiza y el Gobierno de Buenos Aires, después de la victoria del Tala.

Coro.

Levanta tu frente ¡ oh pueblo !
Laureada ya por la gloria,
Que una espléndida victoria
Hoy te brinda con la paz.

Irradia sobre el Plata
La lumbré venturosa
De la mañana hermosa
De un rico porvenir :
Que abriendo los raudales
De su riqueza, ostenta
El lauro en que cimenta.
Su mágico escistir.

Ya rueda en el espacio,
Perdida y olvidada,
La era desgraciada
De luto y horfandad :
Que en tumbas convirtiendo
Los campos argentinos
Velaba sus destinos
En densa obscuridad.

La Emperatriz del Plata
Se ostenta magestuosa
Con su corona hermosa
De olivas y laurel :

Y ya no, en los combates,
El hierro patricida
Hará caer sin vida
Las flores del verjel.

Los fúljidos albores
Del porvenir se aumentan,
Y al mundo nos presentan
Con alhagüeña faz.
Y el mundo nos saluda
Cual pueblos soberanos,
Al enlazar las manos
En símbolo de paz.

Marchemos, sí, marchemos
Brindando al mundo entero
Del mágico venero
De este jardín precoz :
Dó sobre blancas hebras
Del Plata desprendidas
Sus glorias van mecidas
Al hálito de Dios.

ANGEL J. BLANCO.

TEATRO DRAMÁTICO.

La Jura en Santa Gadea.

Sin duda que la empresa del principal trata de salir cuanto antes de lo menos interesante de su repertorio. Así lo presumimos al ver en escena *La jura en Santa Gadea* que sin quitarle nada de su mérito histórico y literario, es un drama que de ningún modo puede tener aceptación entre nosotros, ya por la época á que se refiere, como por la insuficiencia del personal de la nueva compañía pa-

ra una digna ejecución, y la pequeñez del teatro en que funciona.

Decimos *insuficiencia* aludiendo á los comparsas que son pobrísimos, ridículos. Así, no es extraño que durante la representación de aquel drama el auditorio no haya podido menos que interrumpirla por sendas risotadas. ¿Y quién podría contenerlas á la vista de aquellos estafalarios cardenales, que hu-

biesen dado qué envidiar á los adeptos del dios Momo? . . .

El séquito de la viuda del rey D. Sancho hubiese hecho ciertamente honor á una pandilla de bandidos calabreses!

Por lo demas, los papeles principales tuvieron el mejor desempeño que pudiera esperarse.—La señora Duclos tradujo con verdad el femenil candor de la edad media; y la querida del Cid, el objeto de sus célebres amores, nunca habria reflejado mejor que en aquella hermosa actriz la extinta luz de muchos siglos pasados.

La señorita Segura (Mariana) dió á su rol toda la importancia que tiene: toda la adversidad de una infeliz reina viuda, que por la elevacion de su esfera vése precisada á renunciar con abnegada y santa resignacion al sentimiento amoroso que la agita, y á confinar-se en un claustro.

Los señores Ortiz y Garcia dieron tambien á sus papeles la mayor elasticidad de interés que pudieron, pero en vano; porque vivimos en una época en que el Cid—á no cambiar de traje y de lenguaje—no conquistaría con sus hazañas y férrea armadura una sola mirada de nuestras bellas, ni un solo lauro de nuestros feos: vale hoy mas un buen frac y una flexible varita, que todas las corazas é incommensurables roldanas de la edad media. Merecieron sin embargo aplauso en el final del tercer acto.

La pareja de baile ha pisado aquí con mal pié. La señorita Romero y el señor Atené, son buenos boleros y merecen ciertamente aplauso. Pero la maldita costumbre de *parangonar*, hace que no se haga justicia á su mérito, por la injustísima razon de que el cuerpo de baile de la compañía que está hoy en Montevideo es mas completo y tiene mejores *piernas*.

Hé aquí esplicada la frialdad con que ha sido acojida la señorita Romero y su excelente pareja.—Creemos que no es digno de la ilustracion de ningun pueblo exigir superioridad en aumento para no tributar el aprecio relativo que merece todo aquello que tiene mérito; y por eso esperamos que en Buenos Aires se hará todavía justicia al del señor Atené y señorita Romero.

La petipieza "*Cero y van dos*" nos resarcíó de la mistificacion del drama hasta dejarnos

satisfechos del empleo de la noche y consiguientes pesetas.—Matilde estuvo soberbia de esa coqueteria incisiva y de buen tono que solo ella nos ha mostrado; Garcia, brillante de esa *amabilidad* y galanteria de cuartel, que hacen temblar á las bellas y estremecer á los amantes; Ortiz, finalmente, magnífico de resábios por todo lo que es coyunda matrimonial.

La concurrencia, aunque no tan numerosa como en la funcion anterior era buena: estuvo, como es de presumir, bastante fria durante el drama; pero no así en la petipieza, que aplaudió del modo mas animado.

Escuela de las coquetas.

El autor de esta comedia se equivocó al darle título; hubiese acertado mas, si la hubiera nominado: *triunfo ó espejo de las coquetas*. ¡A no ser que *entienda* la coquetería como una virtud en la muger! . . . Y casi, casi que creemos esto á juzgar por el desempeño de la encantadora Duclos!

¿Os imaginais, demócratas lectoras, cual podrá ser la coquetería de una aristocrática viudita? . . .

No creais que es esa insustancial banalidad de la muger que cree poser cuanto necesita en una bonita cara; que se solaza en aprisionar corazones con miradas de fuego. . . facticio, y pérfidas palabras; que concreta el ejercicio de sus facultades intelectuales al de una táctica superficial que esteriliza su corazon hasta hacerlo incapaz de abrigar un sentimiento verdadero: no! no es nada de esto la coquetería que exhibió Matilde en el rol de la *Duquesa del Puerto*.

Aquello no era una coqueta: era una de esas mugeres de tacto y penetracion que conocen demasiado la inestabilidad de los afectos en el corazon del hombre de la época, para manifestar esa credulidad y aquiescencia que suelen despojar bien pronto al bello sexo del corazon cautivado. Porque en realidad, nada hay que desprestigie tanto el objeto de nuestro anhelo como la facilidad de su obtencion.

La *Duquesa del Puerto* amaba, y amaba mucho: razon por la que recurrió sin duda á un átomo de coquetería, creyendo garantizarse así del objeto de su sincero amor, ó sea por esa inclinacion irremediable de toda muger

jóven, hermosa y que se ve rodeada de mas de una persona que la adora; pero luego que nota el esceso á que la ha llevado su perdonable coquetismo, revélase toda la nobleza de su alma, la ingenuidad de su corazon; vitupera la vanidad de su sexo, vanidad que se le atribuye con la tacha de coqueta y cuya interpretacion origina su desgracia; arrepiéntese de su proceder, bien poco reprochable, y no trepida por fin en sacrificar hasta su amor propio, cediendo la palma de la victoria al célebre *Rompelanzas*, su declarado enemigo, solo por obtener el perdon y reconquistarse el amor de su querido *Bernal*.

¿Merece castigo esta muger que lejos de engreirse con la vanidad de su elevada alcurnia y hermosura, baja su vista á una esfera inferior y se confiesa culpable siendo un ángel?....

Nó! y así lo probaron los brazos del venturoso *General* que se abrieron para recojer el tesoro de su amor.

Tal ha sido la *coqueta* que nos mostró la señora *Duclos* en la noche del domingo; y si la hubiese visto el autor de aquella pieza, estamos seguros que la hubiera rebautizado con el título de "*La virtud de las coquetas*."

No hay, pues, analogía entre el título de esta comedia y el carácter de la protagonista ni el giro de su argumento.

El señor *Ortiz* estuvo bien, muy bien en el papel del *General Bernal*.—Los demas roles erau bastante secundarios para que dejasen de tener un buen desempeño en manos de las señoritas *Segura* y *Duclos*, &c.

En seguida de la comedia, cuya ejecucion valió á la compañía una fuerte suma de aplausos, apareció el *chiche* y nos dió una prueba mas de su agilidad y gracia en el baile. Esta vez lo hizo acompañada por su padre, el señor *Atené*. Ambos fueron tambien muy aplaudidos.

Por conclusion, representóse esa noche la graciosa petipieza: *No más muchachos*, en cuyo rol principal pudimos con gran satisfaccion apreciar las cualidades sobresalientes en el

género cómico del señor *Jóver*, y la chispa y desenvoltura de la señorita *Duclos*.

Basta decir que ambos se conquistaron en esa sola noche generales y muy distinguidas simpatias.

El primero desempeñó al decrépito sexagenario, idólatra por muchachos, con la mayor naturalidad que pudiera exigirse. Nadie creeria que aquel hombre era el mismo que momentos antes habia hecho el *D. Valentin Rompelanzas*.

La señorita *Duclos*, metamorfoseada cuatro veces en el curso de la petipieza con una rapidez maravillosa, desempeñó tan bien á la candorosa jóven, como al Aquiles infantil, al muchacho mal creado, y al *dubitoso* petimetre.

El señor *Pardiñas* adoleció de exageracion en su rústico papel; de esta calañia era el de la señorita *Segura*, y por lo tanto creemos que el elogio en estos casos hace menos favor que la censura.

El teatro estuvo totalmente lleno, y el auditorio animado.

La magnificencia y variedad de trajes que exhibe la compañía, merece una muy digna mencion. La señora *Duclos*, particularmente, ofrece siempre un modelo de elegancia y buen gusto en su modo de vestir. Reciba por ello nuestros ingenuos parabienes.

La empresa del principal debe instrumentar dignamente la orquesta y darle mejor direccion. Como está hoy, es cosa de preferir tomar el fresco en la calle á escuchar los entreactos. Lo peor es que el bello secso no puede hacer esto, y tiene que sacrificar su delicado oido.

Otra recomendacion nos resta hacer á la misma empresa; y es que advierta *eficazmente* al consueta que nos hace perder muy frecuentemente la ilusion, levantando su voz al extremo de oirse en el ángulo del teatro menos cercano al palco escénico.

Por lo demas reciba nuestro parabien por el aplauso que de dia en dia va conquistando la compañía á cuya cabeza resplandece el nombre de la señora *Duclos*.

PLÁCIDO DOUCLAI.

LO QUE YO SIENTO.

A....

Dime, ¿qué dardos, muger,
En fuego de hechizo rojos,
Desprendieron ¡ay! tus ojos,
Esta pasión á encender!....

Es acaso una pasión?...
O un delirio, una quimera,
Que perturba mi razón
Y la paz del corazón
Con ímpetu récio altera?....

Inflamado en este fuego
Que me viniera de tí,
Por tu faz solo ¡ay de mí!
No estoy en el mundo ciego!

Dentro mi pecho se agita
Algo mas que una pasión:
Es una emoción bendita
Con que el corazón palpita
Por celestial impulsión!

Amor puro, sobrehumano,
Santo, tierno, indefinible;
Chispa del Ser invisible
Que hizo al orbe con su mano.

Misteriosa sensación
Que aparta del cuerpo al alma
Y la enalza á la mansion
De donde és emanación
Y dó le aguarda una palma.

Iman de mi pensamiento
De irresistible atracción;
De mi existencia y razón
Robusto y vívido aliento.

Ah! tal es, perla Oriental,
El afecto que me inspira
Tu semblante angelical;
Tal es lo que siento, y tal
El dulce estro de mi lira.

Enero 31 de 1856.

Z. B.

SECCION MOSAICA.

Camila O'Gorman.

Tal es el título de la interesantísima novela que empezaremos á publicar en la biblioteca del *Recuerdo* luego que hayamos terminado la publicación de *Rosa*, que ocupará aun dos entregas. Escrita en frances por un ilustrado caballero de aquella nacionalidad, hemos merecido la honra de su traducción y publicación; y nos congratulamos de poder ofrecer en ella una lectura que agrada en general é interesará muy de cerca á las poblaciones del Plata por su parte histórica, política y novelística. La elegancia de estilo con que ha sido escrita, el interés histórico de los personajes que en ella figuran, y la belleza y fácil desenvoltura de su argumento, nos ofrecen otras tantas garantías de la acogida que merecerá esta publicación en las riberas del Plata y aun mas allá del Atlántico. Con ella creemos corresponder dignamente á la deferencia de nues-

tros favorecedores y al esquisito gusto de nuestras bellas lectoras.—La apoteosis de la infeliz Camila O'Gorman hallará—no lo dudamos—generales simpatías, no solo en sus compatriotas, sino en todos los pechos sensibles.—Confiamos en que la publicación irá haciendo periódica y progresivamente su mejor apología.

Garnestolendas.

Llaman ya á nuestra puerta estas alegres visitas. ¡Cuidado niñas, con abrires incautamente! porque ellas vienen armadas de sendas mangas de agua y otros atributos de este jaez, que si os cojen desprevenidas pueden muy bien regalaros... una linda pulmonía.

Pero, qué importa esto, ni que la moral se resienta, ni que el grave don Progreso ponga cara de sargento, ni otras mil impertinencias

por el estilo, si es tan lindo el juego de carnavales.

¡Corra, pues, el agua por las calles! lluevan bombas y huevos perfumados! y viva Momo!...

Pero *El Recuerdo* no quiere esponerse al percance de una rociada carnavalesca, y por eso se apresura á llamar á la puerta de sus suscritores la víspera del Domingo gordo, con estas pacíficas palabras:

Abre, lector ó lectora,
Con presteza, por San Pablo!
No temas mano traidora:
Que el carnaval me encocora
Como la cara del diablo.

Entre dos fuegos.

Suplicamos al autor de este lindo artículo nos dispense su postergacion motivada por las dimensiones de la produccion de nuestro amigo el Dr. Magariños Cervantes. En el número prócsimo terminará esta, y en seguida daremos cabida gustosísimos á aquel artículo.

Igual disculpa pedimos á nuestro amigo y colaborador el Dr. Otero por la postergacion involuntaria que tambien ha sufrido su interesante poesía "el clavel del aire," que publicaremos en la biblioteca de nuestro prócsimo número.

Solucion.

Nos han remitido la siguiente al nombre anagramático que, tambien remitido, publicamos en nuestro número anterior:

¿Qué es *dora en la y el nardo á?*
No pienses tanto, lector;
Pues esa galana flor
Tan fragante y tan gallarda
Que el anagrama nos dá,
Es el nombre de LEONARDA.

V.

El beso.

Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre la lindísima *dolora* que lleva aquel título y que registramos en la biblioteca en verso de esta entrega. Su autor ha conseguido

do celebridad en Europa por este género de composiciones métricas, invencion suya, y que con tanto éxito ha sabido manejar. Desearíamos que tuviese imitadores en las riberas del Plata, y á falta de otros, tentaremos ulteriormente algunos ensayos en ese género de poesías.

Nombres anagramáticos del sexo femenino.

5.º

Mira a este nombre esculpido
En el azul firmamento;
En el altar, bendecido;
En mi corazon, querido,
Y eterno en mi pensamiento.

Solucion del 4.º

Dulce lid tomas, oh pecho,
Dulce lid. . . . cuando la voz
De la fama en luengos ecos
Nombra á MATILDE DUCLOS.

Charada.

Mi primera y mi segunda,
Como santo se venera;
Mi segunda y mi primera
Es fruto que mucho abunda.

Solucion de la del número anterior.

Mi primera y mi segunda,
Es parte y es cosa entera,
Dándote por sulucion
La TAPA de una buceta.
Invertidas, te dán pata,
Que es do se funda ó asienta,
Sin mala interpretacion,
Todo aquel que cuatro lleva.

Recaudacion del 2º mes.

Empezará despues de repartida la presente entrega, como está establecido en las condiciones de la suscripcion á este periódico. Véanse en la cubierta de color que le acompaña.